Polonia

Estudios
Latinoamericanos

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos

ISSN 0137-3080

Original title / título original:

La Nación mexicana en el siglo XIX (observaciones sobre el concepto de nación y sobre la fraseología nacional)

Author(s)/ autor(es):

Tadeusz Łepkowski

Published originally as/ Publicado originalmente en:
Estudios Latinoamericanos, 7 (1979), pp. 25-41

DOI: <https://doi.org/10.36447/Estudios1979.v5.art2>

Estudios Latinoamericanos is a journal published by the Polish Society for Latin American Studies (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

The Polish Society for Latin American Studies is scholarly organization established to facilitate research on Latin America and to encourage and promote scientific and cultural cooperation between Poland and Latin America.

Estudios Latinoamericanos, revista publicada por la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos (Polskie Towarzystwo Studiów Latinoamerykanistycznych).

Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos es una asociación científica fundada con el fin de desarrollar investigaciones científicas sobre América Latina y participar en la cooperación científica y cultural entre las sociedades de Polonia y América Latina.

La Nación mexicana en el siglo XIX (observaciones sobre el concepto de nación y sobre la fraseología nacional)*.

*Tadeusz Łepkowski***

Es generalmente conocido el interés de la historiografía polaca en general y de la contemporánea en particular por la problemática de las investigaciones concernientes a la formación de las naciones, a la conciencia nacional, a las relaciones entre el Estado y la nación y a los dilemas del desarrollo y matices de los patriotismos y de los nacionalismos. Este interés está justificado por la historia polaca de los últimos 200 años y por la historia y el papel político de la historiografía polaca. El viraje metodológico dado hacia el marxismo no ha hecho más que profundizar aquella curiosidad y darle bases teóricas.

En los últimos decenios han aparecido distintos trabajos sobre el fenómeno nacional polaco y sobre fenómenos europeos más amplios. No han faltado tampoco los estudios comparativos. Las investigaciones históricas de la problemática nacional han sido y son – lo que es comprensible o incluso obvio – multidisciplinarias, aunque se ven saturadas por el historismo.

El presente artículo es una fusión, no muy compacta, de reflexiones generales y de materiales de fuente. Se trata, desde luego, de un esbozo preliminar, parcial y de trabajo que, por consiguiente, no es más que un conjunto de materiales, hipótesis y observaciones. Es sólo un primer y pequeño paso dado por la larga senda de la investigación, un paso que no impide entender que la elaboración

* El texto del artículo, con algunas modificaciones, fue presentado y discutido en el Instituto Latinoamericano de Estocolmo (16 XI 1977); el autor utiliza la palabra «nación» en el sentido de comunidad nacional (pueblo) no en el sentido estatal (nación-Estado)

** Traducido por Jorge Ruiz Lardizabal

de una monografía sintetizadora sobre la nación mexicana es, en la práctica, un cometido que rebasa las posibilidades de un investigador. Y la situación se complica adicionalmente por el hecho de que la ciencia mexicana no ha desarrollado investigaciones de larga duración y multifacéticas sobre los temas que me interesan y porque el haber de la historiografía norteamericana, a pesar de ser muy cuantioso, es difícil de aprovechar ya que la ciencia estadounidense parece no comprender, por lo general, la esencia y la específica de los procesos «naciocreadores» en México.

No hay ni puede haber una única definición de la nación o del nacionalismo. Todo intento de definición conduce a generalizaciones banales en cuanto se trata de conseguir una definición geográfica y históricamente universal. Pero ya la clasificación tipológica (diversificada internamente desde el punto de vista cronológico y geográfico) en naciones de tipo europeo (unas cuantas variantes), naciones coloniales-europeas (naciones de inmigrantes) y comunidades multiétnicas y multirraciales no pertenecientes a la esfera de la civilización euronorteamericana, aclara algo los horizontes de la investigación.

En las comunidades nacionales creadas en las sociedades plurales, profundamente social y racialmente diversificadas, suele ser el Estado la palanca y el factor que genera el desarrollo nacional. De ahí el concepto «nación-Estado» (opuesto al modelo «pueblo-nación»). Este concepto – su modelo abstracto – presupone la existencia de una formación elitista paranacional (la nación feudal, la nación de los nobles o la nación «colonial») que, en determinadas situaciones, amplía su alcance e incorpora gradualmente a la nación a distintos grupos de la población, manteniendo la hegemonía de la «parte activa del pueblo». El modelo pueblo-nación es, por lo general, un modelo revolucionario que muestra cómo se forma la nación «desde abajo», mientras que el modelo nación-Estado es un modelo de evolución. En los procesos históricos concretos enfrentamos, por lo regular, situaciones intermedias, es decir estructuras que se componen de elementos pertenecientes a ambos modelos.

Los trabajos elaborados hasta ahora sobre la nación mexicana acentúan el factor estatal, decisivo para el desarrollo del proceso de formación de la nación y que es el que guía ese proceso. Al mismo tiempo, conceden poca atención a la base económica y los condicionamientos regionales de la formación de la comunidad nacional o a los factores culturales y psicológicos (el patriotismo primitivo, la conciencia étnica, etc.). El aparato estatal oligárquico crea, naturalmente, la nación-Estado, impone la educación patriótica e integra a la sociedad por la fuerza y con la educación cívica¹.

Parece, sin embargo, que esta tendencia, aunque comprensible, no consigue aclarar muchas cuestiones complejas. Las investigaciones multidisciplinarias podrían dar – aunque esto no sería fácil – una visión desde abajo y no desde arriba, de los gobernados y de los «incorporados» a la nación y no desde los gobernantes o «incorporadores» a una comunidad vista como imagen y semejanza de una nación elitista.

El historiador sufre la presión de montones de fuentes de proveniencia estatal. Las masas mexicanas crearon en el siglo XIX muy pocas fuentes que, por añadidura, son muy difíciles de interpretar. El autor de este modesto esbozo, integrado por muchos pormenores y grandes interrogantes – limitado además en sus posibilidades de llegar hasta los materiales mexicanos – trata de enfocar el problema desde abajo y con los ojos de los de abajo, pero aprovechando lo transmitido por los de arriba y, por lo tanto, sintiendo en cada momento su presión.

En este esbozo de una imagen parcial omito las teorías de la nación que surgieron en el período de la Ilustración mexicana, para pasar al siglo XIX comenzado en México en 1810 con una conmoción que ejerció enorme influencia sobre los destinos del pueblo mexicano.

La insurrección de 1810, o dicho con más precisión, el movimiento de insurgentes desde Hidalgo hasta Guerrero, no aportó una concepción clara de la nación mexicana. El catolicismo americano que evocaba ante todo a la Santísima Virgen de Guadalupe, estaba

¹ J. Vazquez de Knauth: *Nacionalismo y educación en México*, México 1975.

mezclado con el optimismo patriótico de la ilustración sobre la bondad del pueblo en su conjunto que debe rendir homenaje a sus representantes elegidos (al menos teóricamente) de manera democrática. El criterio de la pertenencia a una patria común y a una misma nación era el territorio de origen (la patria) y el lugar de nacimiento (América) y no el estamento de origen o el color de la piel. Es verdad que los insurgentes rompían con el nombre de Nueva España (aunque a veces se empleaba el término de novohispanos) comprometido por la tradición española y colonial, pero no siempre lo sustituían por el nombre de México. Al lado de la República Anáhuac se empleaba también con frecuencia el término de «América Mexicana» (Apatzingan). Hidalgo se llamaba «generalísimo de América». Para definir al pueblo que se liberaba, se empleaba el término de «Nación Americana», aunque la palabra «nación» era también utilizada en el sentido más bien jurídico de «nación-Estado». Los llamamientos dirigidos por Morelos a sus compatriotas empezaban por la exclamación: «Americanos»². También en algunos documentos rebeldes de 1814 es empleado el término de «ejércitos americanos»³ para definir a las unidades independentistas. La no utilización de la palabra México, o su escasa aplicación, tienen una explicación relativamente fácil. El criterio que determinaba la división en gachupines e insurgentes, era el de la procedencia (una división dicotómica: América – Europa). Además, México podía antojarse como una definición geográfica demasiado estrecha. Las eventuales fronteras de la patria americana rebasaban con creces las del México sensu stricto, tanto al Norte como al Sur.

En realidad, fue Iturbide quien introdujo el término de Imperio Mexicano, empleado a la par que el término América Septentrional. Hidalgo y Morelos pensaban en una América mexicana, compuesta de muchos Estados, pero sin gachupines, mientras que el «compromiso» de 1821 incorporaba al núcleo de ciudadanos del nuevo Estado y en calidad de miembros de la nueva nación, también a los españoles que vivían en México. La

² *Historia documental de México*, t. 2, México 1964, pp. 40 – 145.

³ Archivo General de la Nación (AGN), México, Infidencias, T. 150

proclama conocida bajo el nombre de Plan de Igualá, no fue encabezada casualmente por Iturbide con las palabras: «Americanos: bajo cuyo nombre comprendo no sólo a los nacidos en América, sino a los europeos, africanos y asiáticos que en ella residen»⁴.

Desde los tiempos del imperio de Iturbide, el término «americanos» fue perdiendo gradualmente su vigencia. Asimismo, después de 1823 desaparecieron los términos «América mexicana» y «La América del Septentrión». El lugar de estos términos fue ocupado por la noción geográfica-estatal de «México», sobre todo cuando la América Central se separó del nuevo Estado. En los discursos y proclamas de las autoridades, centrales y de los Estados, abundan palabras tales como «patria» (que, según parece, significa por igual la gran patria-Estado, como la patria regional, el Estado o departamento según el sistema vigente, centralista o federal) y «nación», empleada, por lo general, en el sentido de Estado. En este mismo sentido se emplean por igual la palabra «Méjico» para designar a la ciudad o «Capital de la Nación». Algunas veces, aunque pocas, se emplea el término de «la nación mexicana» en el sentido de comunidad en vez de Estado (el primer artículo de la Constitución de 1824 refleja el concepto estatal de la palabra nación: «La nación mexicana se compone de las provincias comprendidas en el territorio del virreinato llamado antes de Nueva España...»). En los años veintecurenta, la fraseología política, en gran medida personalista, daba preferencia al Estado y no a la sociedad o a la nación. El punto de referencia era la patria o el Estado y el patriotismo (palabra que era poco usada) se articulaba de manera institucional (el presidente, el gobierno, el Estado) o cívica («los sentimientos cívicos»)⁵.

Los cambios de la terminología nacional y estatal que se produjeron desde la época de los insurgentes hasta mediados del siglo XIX, reflejan el cambio registrado por el modelo de formación de la nación. La corriente popular en el movimiento independentista,

⁴ *Historia documental...*, t. 2, p. 145.

⁵ *Derecho público mexicano. Compilación que contiene importantes documentos...*, hecha por el Lic. Isidro Antonio Montiel y Duarte, t. 2, México 1882, p. 64; *Historia documental...*, t; 2, pp. 173,190; AGN, Archivo de Guerra, t. 1104, 1280; AGN, Gobernación, Leg. 8.

primero fue derrotada y luego – pese a las aparentes mutaciones socio-políticas que trajo consigo la «república de los insurgentes» de los años 1824 – 1928 – se subordinó a la concepción estatizada colonial-criolla de la nación representada por la oligarquía y simbolizada durante largos años por Santa Anna.

Los insurgentes veían un factor generador de la nación – aunque de manera utópica – en el conjunto de «americanos», en el mexicanismo de los criollos y de los mestizos, cuadros que dirigían un pueblo en el que las masas campesinas indígenas eran gobernadas, pero no sometidas al dictado colonial. La élite que gobernaba en México seguía enfocando a la sociedad desde un punto de vista colonial, aunque al tratarse de un país independiente no podía prescindir de la terminología patriótico-estatal. Se puede incluso decir que la derrota del movimiento popular en los años 1810 – 1817 agudizó la división en colonizados y colonizadores, en «dos naciones» o «dos pueblos» que no se entendían. La articulación del patriotismo y de los sentimientos nacionales de las masas populares la conocemos, casi exclusivamente, de manera indirecta. Las informaciones directas son sumamente escasas, pero con ayuda de los materiales elaborados por la clase dominante, hegemónica también desde el punto de vista ideológico, podemos orientarnos en, el avance, en la radiación de las ideas nacionales.

El ejército, controlado por el poder central es, por lo regular, un factor que integra a los más diversos grupos de las clases populares y que los inculca desde el punto de vista nacional. Cuanto más grandes son los abismos que separan a las clases, cuanto más fuertes los antagonismos y más agudas las diferencias culturales y lingüísticas, tanto mayor es el significado del ejército en tanto que instrumento de represión, de guerra interna y – lógicamente – juega un papel inferior como factor de integración nacional. El ejército mexicano, hasta los principios del siglo XX (y con toda seguridad hasta mediados del siglo XIX), era generalmente odiado por las clases populares. La leva era obligatoria y la desertión muy generalizada. Un ejemplo de la postura de los oficiales hacia los soldados del ejército,

formalmente nacional: el comandante de Tampico escribió el 13 II 1827 que desde hacía muchos meses «no mandan otra clase de gente que los llamados indios y de éstos los muy torpes, los más infelices». Los reclutas no quieren ir al ejército y en el batallón (se entiende que entre los oficiales) se les trata como «ganado». El comandante pide a las autoridades superiores que se le manden candidatos «más acostumbrados a vivir entre gentes»⁶.

Pero, a pesar de todo esto, las fuerzas armadas jugaron un cierto papel integrador y patriótico, sobre todo en los tiempos de las guerras contra enemigos externos (contra los Estados Unidos en los años 1846 – 1848) y contra Francia (en los años 1861 – 1867).

La formación de la conciencia nacional mediante el aprovechamiento de la lucha contra el enemigo, suele estar dirigida por el Estado y por el ejército en tanto que parte del aparato estatal. En etapas tempranas del proceso de formación de la nación juega un papel importante – y sobre todo si es adecuadamente estimulada – la aversión hacia el extranjero, conocida ya por los grados inferiores de la conciencia étnica.

La guerra de los años 1846 – 1848 – prueba general antes de la guerra nacional de los años sesenta – demostró que el círculo de mexicanos conscientes de su nacionalidad se había ampliado algo. Los soldados de la Guardia Nacional del Estado de Zacatecas «murieron o se inutilizaron en acción de guerra defendiendo la Independencia nacional de la República contra la agresión de los Estados Unidos del Norte»⁷. La conciencia de la necesidad de defender la independencia nacional amenazada por la invasión, abarcó a los círculos de las clases medias (más que las clases superiores) y también de las populares. La hazaña de los niños héroes no fue una gesta casual. Basta recordar la resistencia de la población civil mexicana en California (Los Angeles), la defensa de la capital y las operaciones guerrilleras en la parte central del país. El Gobernador del Estado de México movilizó a la población para ofrecer resistencia al «audaz enemigo extranjero» y en pro de la ayuda a los Estados invadidos por «nuestros infames vecinos».

⁶ AGN, Gobernación, n° 57.

⁷ *Ibidem*, n° 98.

Se llama a los voluntarios y el Congreso del Estado de México emitió el 12 V 1847 una resolución en la que leemos: «los voluntarios que se presenten serán anotados en el padrón de su municipalidad, de este modo: "Acudió espontáneamente a defender a su patria y a su religión en la guerra de invasión de los Estados Unidos de 1847"»⁸. Los voluntarios se presentaban. Llama la atención el aspecto religioso de la defensa del México católico que luchaba contra los Estados Unidos protestantes. El factor religioso siempre fue muy importante en las primeras fases de la formación de la conciencia nacional. Su acentuación en el llamamiento fue considerado, seguramente con razón, como necesaria y útil⁹.

Sobre la ola de patriotismo que originó la guerra contra la agresión de los Estados Unidos, se escribió mucho después de su terminación. La corriente reformista-nacionalista del movimiento obrero que hacía en los años setenta del siglo XIX, recalcaba – al revés que los «cosmopolitas» anarquistas – sus tradiciones patrióticas. «El Socialista» escribió sobre la defensa del Churubusco subcapitalino: «Allí, el día 20 de agosto de 1847, un grupo de artesanos, formando unos batallones de guardia nacional, con heroico valor supieron rechazar a las huestes del ambicioso yankee [...] solo nos resta invitar a nuestros hermanos, los artesanos, a que manteniendo siempre en el corazón el fuego santo del patriotismo, procuren permanecer unidos y agrupados en torno al pabellón nacional»¹⁰.

Manuel M. de Zamacona recordó en 1861, en un artículo titulado *La toga y la espada*, la guerra de los años 1846 – 1848: «Era el 4 de mayo de 1847. Acababa de ocupar la ciudad de Puebla el ejército de los Estados Unidos. Sus soldados se desbandaban sin recelo por los suburbios. Un sentimiento estraviado de nacionalidad, arma algunos brazos, y varios de los invasores caen bajo el puñal

⁸ *Ibidem*, n° 113.

⁹ Sobre el papel de la religión y de sus símbolos en la formación de lo mexicano en la época colonial, véase: J. Lafaye: *Quetzalcóatl el Guadalupe. La formation de la conscience nationale au Mexique*, Paris 1974.

¹⁰ «El Socialista», 20 VIII 1871.

alevoso del asesino»¹¹. Múy interesante es la formulación relativa a los sentimientos, o mejor dicho, a la conciencia nacional, tanto más por cuanto concierne a gente sencilla, a la plebe urbana que habitaba los suburbios.

Un gran problema socio-nacional y nacional del México del siglo XIX, era el mestizaje en el amplio sentido del término. Se trataba de un mestizaje guiado desde arriba y, hasta cierto punto, obligatorio, ya que con él se pretendía «civilizar» a los indígenas. La política de hispanización, o más bien, de mexicanización, se basaba en una legislación formalmente ilustrada y «anticolonial». «En el siglo XIX (1810 – 1910) se rompe legalmente la organización estamental, aunque de hecho sólo se agrieta. Tanto la legislación liberal española (1811, 1812 y 1820) como la conservadora criolla (Plan de Iguala, 1821) establecieron la igualdad de todos los habitantes de la Nueva España». El Congreso Constitucional adoptó el 27 de septiembre de 1822 la decisión de «que en toda clase de documentos se omitiera clasificar a las personas por su origen racial», y María Luis Mora constató que la nueva legislación abolía la división en indígenas y no indígenas. Estas nociones fueron sustituidas por dos categorías nuevas: pobres y ricos¹².

Y es que las leyes llevaban su camino y la vida el suyo. El proceso de transición de México de una sociedad estamental a una sociedad clasista y a una comunidad nacional moderna, resultaría muy difícil y largo. Claro que el término de «indio» no fue abandonado y que los conservadores se quejaban de que la abolición de la división estamental equivalía a la indianización de México y al retroceso hasta los tiempos precedentes a Cortés. En realidad, los insurrectos indios de Yucatán no se apercibieron de las nuevas leyes y no tenían el menor deseo de aceptar mestizaje alguno. Agreguemos que no advirtieron el nuevo Estado y el «pueblo mexicano» porque siguieron calificando tozudamente a los terratenientes de «españoles». El conocido líder de los liberales, Guillermo Prieto, advertía con razón que «la

¹¹ «El Siglo XIX», 7 II 1861.

¹² M. González Navarro: *México: El capitalismo nacionalista*, México 1970, pp. 297 - 298.

independencia convirtió a los mexicanos en gachupines de los indios»¹³.

Los turbulentos – y ricos en palabra impresa – años de la Reforma, de la Intervención y de la República Restaurada, trajeron consigo muchas declaraciones que caracterizan el problema nacional de México y reflejan el estado de la teoría de la nación y las controversias que suscita, así como el estado del propio proceso «naciocreador».

El liberal «El Siglo XIX» trató de presentar a principios de la década del sesenta, una definición de la nación: «El pueblo es la nación. Todo lo que presenta identidad de raza, de nacionalidad, de idioma, de intereses, forma el pueblo. Obreros, artistas, sabios, mercaderes, propietarios, negociantes, todos se reúnen en la gran unidad popular. El despotismo que adultera las palabras como las ideas es el que ha hecho sinónimo estos vocablos: plebe y pueblo. Pero la primera tiene un sentido parcial y fraccionario, mientras la segunda una acepción colectiva y general. Esto no es una mera cuestión de palabras sino que deriva de una disidencia radical en las ideas. Los que cercenan la comprensión de la palabra pueblo, los que no creen que su acepción abarca toda la unidad nacional, es porque desconocen la unidad de las clases y la unidad de sus intereses»¹⁴. Se trata, evidentemente, de una definición de la lucha desarrollada contra los enfoques conservadores que dividían a la sociedad en gente de razón, es decir, la gente hispanizada, y en la plebe digna de desprecio. Es imposible no añadir que, en la práctica, la diferencia entre la postura mantenida por los conservadores hacia los indios y por los liberales hacia los pobres, en tanto que miembros en potencia de la nación, era muy pequeña, si dejamos de lado a los liberales de izquierda, o sea, a los radicales.

Los dos bandos políticos fundamentales enfocaban de manera distinta, e incluso contradictoria, la tradición histórica. Los conservadores consideraban a los insurgentes de 1810, como rebeldes y bandidos. Los liberales rendían homenaje a Miguel

¹³ *Ibidem*, p. 299.

¹⁴ «El Siglo XIX», 28 I 1861.

Hidalgo, y escribían del partido reaccionario que sus partidarios eran «detractores constantes de todo lo patriótico, de todo lo nacional y apologistas de la absurda dominación colonial»¹⁵.

Los creadores de la Reforma unían un singular internacionalismo jacobino con un decidido nacionalismo mexicano. Todos los hombres son hermanos, decían, y el partido liberal desea la amistad con todas «las potencias cristianas», pero rechazan todas las influencias extranjeras, ya vengan de Europa o de América «porque de cualquier modo sería la ruina de nuestra nacionalidad, la absorción de nuestro territorio, la servidumbre de nuestro pueblo, la desaparición de nuestra raza»¹⁶. La palabra «raza» tiene en este texto, según parece, un sentido no antropológico sino cultural y nacional. La raza mexicana equivale, en realidad, a lo mexicano.

Bajo la consigna de la nacionalidad, los promotores de la unificación y de la modernización del país atacaban los provincialismos. «Queremos escribían los periodistas de "El Republicano" – que haya mexicanos y sólo mexicanos, y que el espíritu de nacionalidad extinga las miserables preocupaciones del provincialismo que debilitan al país y lo exponen a desmembrarse»¹⁷. Uno de los periodistas liberales, Juan B. Morales, escribió en su artículo: *Los Estados de la República*: «[...] la nación necesita un núcleo que conserve su unidad. Los estados independientes. de ese núcleo no pueden formar nación, porque o cada uno la forma por separado, o se forma de varios»¹⁸.

La intervención europea en los asuntos mexicanos condujo a una considerable animación del periodismo. El problema de la independencia y de la lucha de la nación contra la invasión, era comentado a diario. Florecía, igualmente, y esto es comprensible, la fraseología patriótica. En Europa, el siglo XIX era denominado como siglo de las naciones, mientras que los mexicanos – razonando en este caso como europeos y americanos a la vez – constataban que su causa era particular y, al mismo tiempo,

¹⁵ «El Republicano», 17 IX 1855.

¹⁶ *Ibidem*, 27 IX 1855.

¹⁷ *Ibidem*, 4 X 1855.

¹⁸ «El Siglo XIX», 28 IV 1856.

universal. «La Voz del Pueblo» de Guadalajara escribió: «Nuestra patria defiende hoy la causa de la soberanía de los pueblos contra la ocupación de los tiranos [...], la causa de un mundo joven que se enaltece y se vigoriza por la libertad, contra un mundo decrepito que se degrada más y más por el despotismo»¹⁹.

Ignacio Ramírez unió la causa del pueblo mexicano que luchaba por la libertad, a su misión general americana al gritar en su discurso del 5 de febrero de 1863: «Franceses: México muere, pero no se rinde». La nación mexicana forma parte de un mundo distinto al de Europa y al de la Norteamérica anglosajona. Ramírez no era todavía lo que fueron Rodó o Vasconcelos y tanto menos el Che Guevara, y la proclamación, en 1967, por parte de los revolucionarios latinoamericanos de la existencia de una sola nación en todo el subcontinente, pero sí fue Ramírez un augurio, una nostalgia y un sueño. He aquí el texto: «Todas las condiciones indispensables para la existencia de un pueblo nos son comunes, desde las auríferas montañas de Arizona hasta el estrecho tormentoso de Magallanes. Uno es nuestro dolor, una nuestra alegría, uno nuestro peligro y una nuestra esperanza. Por ello, el descendiente: de los Incas debe encontrar su patria donde reside un azteca; por eso Cuba nos confía sus votos secretos y sus poetas fugitivos, por eso los triunfos de Zaragoza encuentran un eco en las cumbres de los Andes. Esta nacionalidad de todo un hemisferio existe, es reconocida y sólo espera ser proclamada. Tan envidiable honor nos está reservado; no será un engendro de la conquista; desde hoy en adelante América quiere decir: fraternidad. Permita el destino que también signifique progreso y gloria»²⁰.

Este discurso puede ser calificado de profético ya que alcanza muy altas cumbres de la generalización. Interesante es en él, la búsqueda de la unidad de la nación latinoamericana dentro de las antiguas tradiciones precedentes a Cortés y el rechazo de la conquista.

¹⁹ Reproducido en «El Siglo XIX», 17 VIII 1862.

²⁰ «El Monitor Republicano», 5 II 1885.

Al mismo tiempo, en beneficio de la patria en peligro, eran acentuados elementos de una conciencia de nivel inferior. Los Liberales constataron que una reacción defensiva ante la invasión que hiciese uso de todos los medios disponibles, era un «sentimiento universal», a pesar de lo cual los conservadores respaldaban a los extranjeros²¹.

Ante la agresión, la conservación de la independencia nacional, y no la forma del régimen estatal y la libertad política, se convirtió en punto de referencia y valor supremo. Francisco Zarco, escribió el 18 de noviembre de 1862 en la crónica parlamentaria: «Se han votado las facultades omnímodas porque vale más la nacionalidad que la Constitución»²².

En la prensa liberal de los años 1861 – 1868, abundan las palabras «patria», «soberanía», «dignidad nacional», «guerra nacional» y «entusiasmo nacional».

Algunos ciudadanos del Estado de Tabasco enviaron una «invitación patriótica» en la que leemos: «La independencia está en peligro. Todo pertenece a la patria; la vida, el reposo, los intereses. Los mexicanos tenemos hecha una religión de los sentimientos patrios»²³. ¿De qué mexicanos habla esta proclama? Claro que no se refiere a todos. Entusiastas de: la causa nacional siguen siendo los intelectuales, grupos de la clase media, en parte los artesanos, rara vez los campesinos – aunque ellos también sabían combatir valientemente en la guerrilla – y lanzarse al grito de «vencer o morir por la República Mexicana»²⁴. Nos es difícil definir qué es lo que entendían los soldados populares por patria, pueblo o república. ¿Seguía siendo para ellos local, la patria «privada» o ya la concebían – lo que es poco probable – como, una «patria ideológica»?

El ejército – lo cual está confirmado por mucho material periodístico – se iba transformando, a medida que se empeñaba en la lucha contra la agresión, en un ejército nacional que perdía (esta es mi observación), en parte, su función represiva. Ya en la época de la

²¹ «El Siglo XIX», 11 IX 1862.

²² *Ibidem*, 18 XI 1862.

²³ *Ibidem*, 3 I 1863.

²⁴ M. Alvensleben: *With Maximilian in Mexico*, London 1867, p. 64.

República Restaurada empezó a diferenciarse el ejército en tanto que defensor de la patria, es decir, una institución. nacional-integradora, del ejército en tanto que instrumento del militarismo. «El ejército es servidor armado de la nación, el defensor de su libertad, el campeón de su derecho. El militarismo es el verdugo de la patria, el asesino de las libertades públicas, el agente servil de la tiranía»²⁵.

Los conservadores – y algunos liberales – que se pasaron al bando de los franceses y de Maximiliano, también tenían su propia concepción de la patria y de la nación. De patrón les servía el modelo eurooccidental, tradicional, jerárquico y paternalista. El conservadurismo «popular» (que gozaba del respaldo de muchos indios disgustados por la expropiación, que era consecuencia de la aplicación práctica de la Ley Lerdo) quería crear una nación parecida a las europeas que incorporaría – bajo control – a la comunidad dominada de forma duradera por la elitaria «nación criolla» a los individuos «civilizados» y depurados de su americanismo. Estos individuos que estaban ya en el umbral de la nación mexicana – bajo ciertas condiciones – eran, naturalmente, los indios.

Interesante es la comparación de la imagen que tenían de los indios los liberales y los conservadores. La prensa liberal escribió que hay que perfeccionar los 6 millones «de seres racionales que, pudiendo ser útiles a su patria, yacen hoy degradados, abyectos, convertidos en animales de carga e inspirando temores»²⁶. Los indios eran, en esta visión, objeto de la historia y de las acciones del Estado. Habría que ocuparse de ellos porque, en primer lugar, podían ser útiles para la patria, pero por otro lado eran un peligro y suscitaban temor. Basta con disminuir la carga fiscal que sufren y ya se habrá hecho algo por ellos, lo que a la vez disminuirá el peligro que pueden suponer.

¿Y los conservadores? De los 7 – 8 millones de habitantes de México – escribía un periodista – unos 4 - 5 eran – «individuos de la raza indígena». No son aptos para participar en «negocios públicos»

²⁵ «El Globo», 22 VI 1869.

²⁶ «El Monitor Republicano», 29 VIII 1856.

porque no entienden lo que es el derecho y la Constitución. Esos hombres «no pueden y no quieren elegir, a sus gobernantes, sino que necesitan y quieren ser gobernados». La conclusión es bien sencilla: la democracia no le va a México que necesita «aprendizaje». El país anhela paz, orden y justicia. Cuando esos gobiernos sean instaurados serán auténticamente populares. «La democracia vendrá después, si es verdad que la Providencia ha decretado que ella sea el porvenir del mundo». El mismo diarios «El Tiempo», ataca el supuesto patriotismo de los liberales que «se han mostrado siempre enemigos de la idea española y admiradores de la idea americana»²⁷. Se refiere aquí, naturalmente, a los Estados Unidos, el principal enemigo de México.

Cuando en los tiempos del Imperio la prensa conservadora se transformó en un arma antiliberal del poder, empezó a expresar sin rodeos sus ideas. Florentino González escribió en las planas de «El Pájaro Verde»: «Los que representan la civilización en América son de raza europea. Son, por lo tanto, aliados naturales de Europa; y jamás he podido comprender ese americanismo de salvajes que les hace rechazar a los europeos. Los criollos somos una misma cosa con los europeos. Nuestros instintos, nuestras tendencias son los de su raza. Nada tenemos en común con los indios ni con los africanos que tienen instintos y tendencias bárbaras y adversas a la civilización. No es de ellos de quienes la civilización tiene nada que esperar; antes bien, tiene que temerle todo. No es, pues, prudente, darles armas con las que nos combatan facilitándoles la mínima intervención en la cosa pública que a los criollos, sin que tengan las calificaciones de propiedad o inteligencia que hacen a estos aptos para ello»²⁸.

Este texto no exige mayor comentario. Se trata no sólo de un modelo extremista de una nación europea de tipo elitario, sino también de una división premeditada, que yo calificaría de sectaria, de los habitantes de México, en dos naciones – el criollo, es decir, el

²⁷ «El Tiempo», 8 VIII y 29 VIII 1857

²⁸ «El Pájaro Verde», 25 XII 1863.

civilizado y el europeo por un lado, y el indio-negro, americano y salvaje, separado del primero por un abismo.

A lo largo de la encarnizada lucha que libraron liberales y conservadores, los segundos se olvidaban, incluso, hasta de su principio de «admitir» al pueblo elitario y europeizado a los indios «civilizados», a los que ya pertenecían al mundo de la gente de razón. En julio de 1862 hicieron entrega a la redacción del periódico liberal «Progreso de Jalapa» de una carta anónima que decía: «Redactores inmundos. Esclavos vendidos del Indígena Juarez, ya se les contestará a su debido tiempo al inmundo artículo No. 2087 que dice, conservadores vergonzantes. Cuidado sin vergüenzas, antes de quince días veremos qué sucede, entonces se atizará la lámpara para que vean el camino que llevan»²⁹.

Es un texto de odio, un texto de la lucha más feroz de la época en la que todo se dividía en dos campos y en dos colores. Juárez era el símbolo de un avance relativamente rápido de los indios y mestizos al grupo de la élite. Los liberales de sus tiempos no tenían – como él – una concepción sobre la creación de la nación, opuesta a la concepción de los conservadores. Era una concepción distinta, pero al fin y al cabo, parecida. Era una concepción desde arriba, estatizadora, pero más democrática que la clerical, lo que no significa que fuera revolucionario-democrática (o que abriese el camino hacia una integración desde abajo), modernizadora y por lo tanto tendente hacia la cohesión nacional, más próxima a las realidades del país y quizá menos «importada». El culto que se rindió después a Juárez y que se rinde hasta ahora – relegó a un segundo plano la dictadura del presidente y la dura y antidemocrática postura del Benemérito de las Américas hacia los indios, de entre los cuales él mismo provenía. El indio de las cercanías de Oaxaca se convirtió, y no sin razón, en símbolo de una nueva nacionalidad. En la segunda mitad del siglo XX se escribió de él: «En Juárez está la base más firme de nuestro concepto de nacionalidad», y se agrega que «Hidalgo nos dió una Patria; Juárez una Nación»³⁰.

²⁹ «El Siglo XIX». 8 VII 1862.

³⁰ «El Día» 18 VII 1967.

Los años 1853 – 1876 fueron la época del «gran empujón» en el proceso de formación de la nación mexicana. Fue una época de revolución, lo que influyó sobre la democratización del proceso de formación de la nación-Estado que, hasta el momento, se operaba desde arriba. Esto no significa que se produjese un mayor cambio en el modelo de surgimiento de la comunidad nacional, pero sí se registró una aceleración del proceso de formación de la conciencia nacional. Muchas más personas que en los años 1810 – 1852 empezaron a reflexionar sobre los asuntos de la sociedad en su conjunto, sobre el Estado, la independencia y la nación.

El período del Porfiriato fue un gran paso hacia la edificación de la nación mexicana ya que, en más de un aspecto, preparó los acontecimientos de 1910. Un problema muy interesante que rebasa, sin embargo, los marcos de estas observaciones, es la pregunta de si la revolución de 1910 fue una mutación, es decir, una interrupción de la continuidad de los procesos sociales o más bien su continuación.

El régimen del Porfiriato hizo mucho por la edificación de la infraestructura de la integración nacional. Me refiero a la revolución en las comunicaciones que unió a todo el territorio y acercó a los hombres, a la modernización capitalista de la economía, al progreso del sistema escolar y, por consiguiente, a la ampliación del uso del idioma español (en 1877 había aún un 38% de población que utilizaba las lenguas indígenas, mientras que en 1910 sólo era ya un 13%)³¹. Todo esto aceleró el mestizaje y, facilitó la integración nacional bajo la égide de un aparato estatal perfeccionado y desarrollado. El régimen de Porfirio Díaz fue – como es sabido – formalmente liberal, pero de hecho el dictador asimiló muchísimo de la ideología y de la política conservadora. Esto ocurrió también con la política nacional, con el concepto de la nación y con su «edificación» por parte del Estado. Díaz, de acuerdo con la voluntad de la oligarquía liberal-conservadora, tendía en primer lugar hacia el «blanqueo» del pueblo (intentos, en la práctica no logrados, de organizar la inmigración de europeos) y en segundo lugar hacia la eliminación e incluso el

³¹ M. González Navarro: *op. cit.*, p. 303.

exterminio físico de los grupos de indígenas más grandes y con una conciencia étnica más fuerte (los mayas de Yucatán, los yaquis) que podían intentar su separación de México y la creación, de un propio Estado nacional. La profunda diferenciación de los indígenas hizo que – tras la eliminación de los mayas y de los yaquis – cualquier plan de edificación de un pueblo antieuropeo indo-mexicano tenía que ser, por fuerza, utópico e imposible de realizar. De ahí que la nación mexicana pudiese ser sólo mestiza bajo la hegemonía de los criollos y algunos mestizos. Y, así, procedió a edificarlo el Porfiriato. La revolución de 1910 invirtió las tendencias en cierto modo: construyó una nación mestiza de acuerdo con el modelo populista y bajo la hegemonía y el control de una clase dominante ante todo mestiza pero criollizada (porque sólo en parte criolla). Pero esto no pertenece ya a nuestro tema.

Y sólo una observación más para terminar. Tanto el Porfiriato como la revolución se ocuparon de que el Estado fuese el principal factor en el proceso de formación de la nación y su esencial regulador. En los tiempos de la dictadura de Díaz, la educación, cívica, estatal-nacional, de indoctrinación, se transformó en un sistema reglamentado y compacto. La escuela enseñaba la interpretación estatal de la historia y de la educación cívica y, ante todo, enseñaba el respeto por las autoridades supremas y el Estado. Las actividades de la escuela, que no influía sobre la mayor parte de la sociedad, eran complementadas por el sistema de casi una religión nacional-estatal. Se componía el sistema de la costumbre rápidamente institucionalizada, de celebrar solemnemente las fiestas nacionales, de rendir homenaje a los héroes y, principalmente a la bandera al escudo y al himno nacionales. Varias generaciones aprendieron a respetar la nación-Estado y su historia manipulada y moldeada por el gobierno. Esto aportó resultados fáciles de advertir en ciertos grupos y capas y, tanto más, por cuanto la revolución – variando los acentos – continuó aquella educación estatal-nacional. Hoy día, cuando la televisión transmite el himno nacional de México, aún estando en sus casas particulares, los mexicanos se levantan y cuadran, y lo

hacen a la vez la señora de casa (criolla de origen) y la sirvienta (de origen indio).

La liturgia de los festejos nacionales celebrados en determinado país y su número reflejan en cierto modo, qué carácter tiene su nación y Estado. Allí donde la homogeneidad y la unidad del pueblo son fuertes, el papel del Estado es relativamente menor (y sobre todo en los países de historia tranquila y poco conflictiva), mientras que en los países fuertemente diferenciados por distintas razones, es decir, allí donde la homogeneidad de la nación es pequeña, el papel del Estado es enorme y, por consiguiente, aumenta el peso de las fiestas nacionales y de la fraseología nacional.

La religión estatal-nacional floreció en el régimen de Porfirio Díaz y lo mismo ocurrió – con algunas modificaciones – después de la victoria de la revolución. Las fiestas eran celebradas, ante todo, con fines internos mexicanos, aunque también eran recordadas en relación con el extranjero.

En el anexo número 1 de la Ley orgánica del cuerpo diplomático mexicano (9 I 1922) leemos lo siguiente: «Días en que se iza la bandera nacional. 5 de febrero: Constitución (fiesta nacional), 22 de febrero: aniversario de la muerte de Madero y Pino Suárez (media hasta), 21 de marzo: aniversario del natalicio de Juárez, 5 de mayo: batalla de Puebla. (fiesta nacional), 8 de mayo: aniversario del natalicio de Miguel Hidalgo, 15 de mayo: aniversario de la toma. de Querétaro en 1867, 18 de julio: aniversario de la muerte de Juárez en 1872 (media hasta), 30 de julio: aniversario de la muerte de Hidalgo en 1811 (media hasta), 1 de septiembre: apertura del Congreso de la Unión, 15 de septiembre: grito (fiesta nacional), 30 de septiembre: aniversario del nacimiento de Morelos, 18 de noviembre: aniversario del levantamiento de Aquiles Serdán en Puebla (1910), 20 de noviembre: aniversario de la iniciación del movimiento libertador de 1910, 22 de diciembre: aniversario del fusilamiento de Morelos (media hasta), 31 de diciembre: clausura del Congreso de la Unión³²».

³² «Boletín Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores», 1922, n° 2, p. 47.

Todo comenzó en el empalme de los siglos XVIII y XIX con las reflexiones. sobre la nascente comunidad nacional, sobre sus formas, perspectivas. y futuras formas institucionales-estatales. Los problemas socio-nacionales parecen haber dominado sobre los estatales. Cien años después se puso en primer plano el Estado, y la nación – en cierto modo – fue institucionalizada. ¿Equivale esto a un triunfo definitivo del modelo nación-Estado sobre el modelo pueblo-nación? Es muy probable que así sea, pero sería muy arriesgada una respuesta definitiva y rotunda. El pueblo mexicano vive y cambia como también cambia el Estado.